

## Luis Rosales contra el tiempo

RAFAEL CONTE

La muerte de Luis Rosales ha supuesto la desaparición del último gran representante activo de la llamada «generación del 36», que agruparía, en el caso de haber existido como tal, nombres de uno y otro bando de la guerra civil, que es lo que denota dicha cifra definidora, como entre otros muchos los de Dionisio Ridruejo, Leopoldo y Juan Panero, Luis Felipe Vivanco, Juan Gil-Albert —todavía vivo, aunque en silencio desdichadamente definitorio— León Felipe o Miguel Hernández, para no referirnos más que a los poetas. Otros prefieren hablar de «grupo», denominación menos arriesgada y totalizadora que la de «generación», pero lo que se gana así en flexibilidad y matiz, se pierde en definición, pues en nuestro caso habría que hablar de «dos» grupos, dada la escisión brutal que la guerra civil impuso a la realidad nacional en todos los órdenes. Por otra parte, el mal uso y abuso de lo generacional en los estudios literarios es algo tan evidente que aquí tenemos el mejor de los ejemplos. Si hubo una generación del 98 —concepto

asimismo abusivo, como el actual empuje que el concepto de «modernismo» está revelando—, con otra fecha definitoria tan luctuosa como la del 36, es menos seguro que hubiese otra del 27 —que algunos llaman del 25, otros de la «dictadura», por poner ejemplos de un desconcierto más—, pues a la postre en los últimos años se ha fragmentado de tal manera, incluyendo narradores y hombres de teatro, que resulta irrecognocible, y desde luego no la hubo de 1914 —más luto en las fechas, aunque sea en este caso universal más que nacional— pese a las grandes entidades que pudieran configurarla, como las de Ortega, D'Ors, Gómez de la Serna, Pérez de Ayala y Gabriel Miró, entre otros.

**«No hay nada de bélico, de violento, de dogmático en la poesía de Luis Rosales, que empezó renovando un neoclasicismo alado por su especial gracia andaluza con aquel prodigioso "Abril".»**

Y finalmente es mucho más que dudoso hablar de la del 36, que era de lo que se trataba, concepto que ha arrasado y desvirtuado la comprensión de la obra de sus más grandes exponentes, empezando por la del propio Luis Rosales. En efecto, aunque su adscripción a dicho grupo —medio grupo, desde luego—, o generación —ine-

xistente—, es lo más accesible al gran público cuando de Luis Rosales se trata, y se ha tratado en el rosario necrológico que ha acompañado a su desaparición, eso es precisamente lo que más estorba para comprender la obra y la figura de este gran escritor, que salen de esta abusiva clasificación completamente deformadas. Pues ¿qué relación existe entre aquel olvidable conflicto —que no se debe olvidar jamás, pero ese es otro tema gigantesco del que no se trata aquí— con su cortejo de violencia, muerte, exilio, triunfalismo totalitario de los vencedores y amargura absoluta de los vencidos —ambos datos completamente deformantes también para la producción artística y literaria de los dos bandos—, y la obra de este gran artista de la poesía española de nuestro siglo, renovadora en las formas, amplia, libre, generosa, humanísima, buceadora de lo mejor que tiene el alma humana, aclaradora de sus más hondos y benéficos impulsos, el amor y la amistad, y tendida como un múltiple puente hacia todas las orillas, estéticas, ideológicas y geográficas que se presentaban ante los ojos del dolorido y tenaz perseguidor de la trascendencia que Luis Rosales siempre fue?

**N**o hay nada —o apenas— de bélico, de violento, de dogmático en la poesía de Luis Rosales, que empezó renovando un neoclasicismo alado por su especial gracia andaluza, con aquel prodigioso «Abril» (1935) que sin romper con sus inmediatos antecesores del 27 los prolongaba como un discípulo tan aventajado que ya les estaba igualando. En verdad, la mayoría de los poetas mal llamados «del 36» podrían muy bien inscribirse en «el 27» y nos quedaríamos más tranquilos todos y ellos mucho mejor explicados. El asesinato de Federico García Lorca, en el que Rosales sólo

**«Lo popular, lo culto, la parodia de la jerga burocrática y la rebaja de su propio impulso épico, los juegos surrealistas, impresionistas y el riguroso control de todos estos materiales convierten a la obra de Rosales en una cumbre indiscutible.»**



es culpable de haber intentado salvarlo aun a costa de su propia vida, le persiguió sin embargo durante muchos años —en los que respondió con su habitual elegancia y discreción—, durante toda su vida, hasta casi su final, en una calumnia tan increíble como alucinante, pues se trató en buena medida de una especie de proceso absurdo, enloquecido, donde la acusación era tan opaca como insidiosa, tan culpable como aplastante pues en ella se alojaban todas las envidias, malquerencias y falsos fundamentalismos justicieros absolutamente degradados: el culpable era quien no se defendía, hasta que todas las voces válidas tuvieron que forzar en su total confluencia una absolución a todas luces absurda, pues nunca hubo otra culpa que la de su propio dolor: como lo dijo en un verso de aquel mismo año: «Viniste a Granada a verme / viniste cuando mis ojos / ya no pueden sostenerte».

**E**l pecado de Rosales, lo que alimentó la calumnia, fue haber optado por el bando de los vencedores durante la guerra civil —y lo había hecho desde mucho antes del estallido del conflicto, pues se trató de una opción ideológica y más teórica en principio que otra cosa—, de lo que jamás se aprovecharía, y de lo que pronto se iba a arrepentir apartándose de toda aquella lastimosa victoria, para empezar pronto a decir todo lo contrario, como en sus inolvidables «Poemas de la muerte contigua», escritos asimismo durante el conflicto, donde se lee esta imprecación tan sincera como profunda e imparcial: «Calla. Tienes que oír. Es la voz de los muertos, / polvo en el aire, polvo donde se avenía España; /.../ Todo está desolado como un lecho vacío /.../ Y tú ¿qué harás ahora? Tú, la España de siempre. /.../ Y tú ¿qué harás ahora cuando los muertos vuelven?». Pero ya estoy una vez más colaborando a la deformación de



la obra de Rosales, que pronto, muy pronto, inició su definitiva carrera, con la gracia popular y religiosa de «Retablo de Navidad» (1940), con sus increíbles «Rimas» (1951) —«Como el náufrago metódico que contase las olas que le bastan para morir...»—, y sobre todo con esa ruptura gigantesca, de una amplitud cósmica, que es el triunfo de «La casa encendida» (1949), donde su poesía alcanza cimas inéditas en las letras españolas de nuestro siglo: lo cotidiano, la amistad, lo autobiográfico, lo humano, lo más hondo y sencillo, lo surrealista, lo preciso, el palpito humanista y trascendente, todo ello enciende esta mansión verbal a la que casi todos los grandes poetas posteriores —¿qué decir de Gil de Biedma, que hoy es el maestro juvenil reconocido, por poner un ejemplo?— vendrán a rendir tributo. A partir de ahí se abre

paso su definitiva poesía, donde brillan la ironía, la cercanía familiar a los hombres y las cosas, el amor, la amistad, el escepticismo ante las grandes empresas, el asombro ante lo elemental, el rechazo de todas las grandes doctrinas —salvo la última, la religiosa, que le sostuvo hasta el final— alternando lo popular y lo culto, la parodia de la jerga burocrática y la rebaja de su propio impulso épico, los juegos surrealistas, impresionistas, y el riguroso control de todos estos materiales, lo que convierte a la obra poética de Rosales en una cumbre indiscutible. Las iniciales adscripciones ideológicas o las sombras bélicas desaparecen transmutadas en el altar de su poesía, en un ejercicio ascético y espiritual tan profundo como formal.

**M**ientras tanto caían los premios, ingresaba en la Real Academia, publicaba ensayos reveladores —«Cervantes, y la libertad», «Pasión y muerte del conde de Villamediana», «El sentimiento del desengaño en la poesía barroca»—, recopilaba sus «Canciones» (1973), o rescataba ese excepcional libro de «El contenido del corazón» (1969), donde el verso se hacía prosa y al revés, traspasando todas las barreras formales y genéricas. Luego vendría ese levantamiento general de «Diario de una resurrección» (1979) —«No es el cuerpo, es la carne lo que siento / la carne silenciosa y sucedida / que me empieza a dictar su propia vida / y me ha legado el cuerpo en testamento»—, y esa última empresa quizás inacabada aunque parezca completa, pese a los cuatro capítulos ya aparecidos que configuran «La carta entera», su gran testamento final. No hay espacio para recorrer en toda su amplitud su propio espacio poético, Luis Rosales se ha ido, pero su obra seguirá irradiando para siempre su inimitable luz, en medio de un tiempo que, si le fue hostil, él ha colaborado para que lo sea menos para todos nosotros, que es lo que hace siempre la gran poesía de todos los tiempos.

Rafael Conté es crítico literario.